

AUTOR INVITADO

Los marxistas ocultos de la generación del 50: estrategias de adaptación de historiadores a la universidad tardofranquista

The hidden Marxists of the generation of the 50s: strategies of the adaptation of historians to the late-Francoist university

Carlos Forcadell Álvarez
Universidad de Zaragoza

Resumen

Este artículo analiza los orígenes de la renovación historiográfica que experimentaría la universidad española durante el franquismo con la aportación que, desde el marxismo, realizarían Josep Fontana, Alberto Gil Novales y Juan José Carreras. Formados en los años cincuenta, protagonizaron una especie de exilio formativo en las universidades de Liverpool, Saarbrücken y Vermont o Heidelberg para posteriormente conseguir integrarse en la universidad con diversas estrategias que les permitieron eludir, no sin dificultades, los mecanismos de control académico que imponía la dictadura. Pioneros de la difusión, práctica y enseñanza del marxismo historiográfico, lograrían consolidar su posición desde sus correspondientes cátedras y plantar, en varias generaciones de discípulos historiadores, algunas de las semillas renovadoras más fértiles.

Palabras clave: historiografía; marxismo; universidad y franquismo.

Abstract

This article analyzes the origins of the historiographical renovation that the Spanish university would undergo during the Franco dictatorship with the contribution that, from Marxism, would be made by Josep Fontana, Alberto Gil Novales and Juan José Carreras. Trained in the 1950's, they went into a kind of educational exile in the universities of Liverpool, Saarbrücken and Vermont or Heidelberg and later managed to integrate into the university evading, not without difficulty, the academic controls imposed by the dictatorship. They managed to consolidate their position within the university Departments and, through their teaching practice, historiographical and editorial work, planted, in several generations of historian disciples, some of the most fertile seeds of renewal that Spanish historiography would experience during the last third of the twentieth century.

Keywords: historiography; Marxism; university and Francoism.

El título explicita el propósito de describir, explicar y reconstruir la circunstancia y la genealogía de quienes, por razones generacionales, encabezaron la llamada segunda hora cero de la historiografía española, en la que comparecieron cautelosamente para transformar y democratizar la profesión desde el interior de la academia^[1]; algunos, muy significados, hicieron también del marxismo un referente fundamental, o muy destacado, en una práctica investigadora y docente que debía ser necesariamente tácita desde unos momentos, años 50, en los que la cultura y la universidad franquistas constituían una losa insalvable para cualquier libertad de expresión académica o política, tanto más para algún tipo de manifestaciones marxianas, por muy académicas que fueran. En esas circunstancias su formación y primera biografía intelectual había de ser obligadamente tácita, oculta, como consta en el título, y se debía construir, alimentar y desplegar, en sus iniciales periodos de formación, fuera de

España, en universidades europeas, en un tiempo de silencio en el interior, y de espera más o menos prudente y precavida desde el exterior.

El novelista Juan Benet (1927) acertó a plasmar el ambiente social e intelectual del Madrid de su juventud en el extraordinario testimonio *Otoño en Madrid hacia 1950*, según el cual jóvenes universitarios e intelectuales españoles partían hacia un exilio que «tenía todavía mucho de político, de última y apenas perceptible secuela de la guerra civil por parte de quienes, sin haber intervenido en ella, no pudieron evitar sus consecuencias y buscaron un clima más habitable que el de la España de 1950». Es un retrato de grupo, de compañeros generacionales de infancias republicanas y de guerra y de unas experiencias universitarias comunes vividas en la España franquista y en la Europa democrática, incluido el retorno a mediados de la década de los años sesenta^[2].

Aquí nos vamos a ocupar de tres casos de historiadores plenamente inmersos en estas circunstancias, altamente significativos para nuestro tema, por tanto, Josep Fontana (1931), Alberto Gil Novales (1930), Juan José Carreras (1928). Los tres participaron de una irrenunciable vocación intelectual, académica, de historiadores, y hubieron de desarrollar estrategias de ocultamiento y adaptación para poder realizar la práctica de su vocación y oficio en la Universidad española, finalmente, desde los últimos años sesenta y comienzos de los setenta, es decir en esa etapa que algunos denominan tardofranquista previa al final de la dictadura y la democratización política y cultural desplegada a partir de 1977-78.

Podemos comenzar con un compañero y maestro Josep Fontana, fallecido en agos-

1.- Este texto recoge la intervención en el curso celebrado sobre «Investigaciones en curso de historia de la historiografía española», dirigido en noviembre de 2019 por Ignacio Peiró y Miquel A. Marín Gelabert; era el XI Seminario de historia de la historiografía «Juan José Carreras», que se reúne anualmente desde 2009 y que, tras la interrupción consiguiente a la pandemia sanitaria, ha celebrado su XII edición sobre «Europeización e internacionalización de la historiografía de la España contemporánea» a finales de marzo de 2022. El seminario, organizado por la Institución Fernando el Católico y la Universidad de Zaragoza en recuerdo del maestro común, viene constituyendo una destacada plataforma para la comunicación entre las principales historiografías europeas.

El concepto «hora cero» fue incorporado a principios de los noventa por la historiografía alemana para designar rupturas epistemológicas radicales, como la experimentada por los historiadores alemanes a partir de 1945; aquí es utilizado, en sentido inverso, por Miquel A. Marín Gelabert, vid. «Revisionismo de estado y primera hora cero en España, 1936-1943», en Carlos Forcadell, Ignacio Peiró y Mercedes Yusta, *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, IFC, 2015, pp. 363-406.

2.- Juan Benet publicó en 1987 una verdadera joya literaria: *Otoño en Madrid hacia 1950*, Madrid, 2001, Visor Libros, la cita en pp. 63-64.

to de 2018 a los 86 años de edad^[3]. Como historiador profesional, su partida de nacimiento se encuentra en *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820). La crisis del Antiguo Régimen en España*, cuya primera edición es de 1971, producto de una tesis doctoral presentada el año anterior bajo la tutela y dirección de Fabián Estapé, catedrático de Política Económica en la Facultad de Ciencias Políticas y Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, de la que fue Rector entre 1969 y 1971, cobertura conveniente a la hora de dirigir y presentar la tesis de un historiador ya maduro y acreditado, que había sido expulsado de la misma, junto con otros compañeros, en 1966. El libro desarrollaba un modelo ambicioso de explicación de la crisis del antiguo régimen que va mucho más allá de la historia política, pues «la excelente síntesis de Artola lo hace innecesario», e integra con eficacia fuentes y métodos de historia económica y social. Es un producto estricta y cuidadosamente académico, en el que no se esconden presupuestos teóricos de raíz marxista, aun sin hacer en ningún momento un alarde específico de los mismos, desde los que buscan los complejos nexos que enlazan la evolución económica y los hechos políticos: «El proceso económico ha influido en los hechos políticos a través de la mediación de los enfrentamientos de clase y de la formación de unas concepciones ideológicas articuladas sobre ellos» (p.13). Ese es el marxismo abierto, aprendido y elaborado desde su estancia juvenil (1956-1957) en la Universidad de Liverpool al lado del historiador modernista John Lynch (1923-1918)^[4], necesariamente tácito hacia 1970,

3.- La revista *Nuestra Historia* le dedicó un número monográfico: «Los combates por la historia de Josep Fontana» en su nº 7 del primer semestre de 2019; algunas de las referencias que siguen proceden de mi colaboración en este volumen.

4.- Vid. una pequeña autobiografía intelectual en la en-

sobre todo si se pretendía hacer carrera académica, una inserción universitaria que debía pasar casi obligadamente en aquel tiempo por el nuevo territorio disciplinar de la historia económica, pues las facultades de historia, también la de Barcelona, eran reductos de otro régimen que todavía no había ni comenzado a tambalearse, de tal modo que Josep Fontana pudo obtener en 1974 la cátedra de Historia Económica de la Universidad de Valencia. Pero a la altura de 1971, los agradecimientos que expresa en el prólogo al libro adquieren la significación de eslabones historiográficos tan significativos como indiscutidos: a quienes le enseñaron el oficio de historiador, Vicens Vives, Pierre Vilar y Ferran Soldevila..., a compañeros generacionales como Jordi Nadal, a sus primeros alumnos, Ramón Garrabou, Jaume Torras, Nuria Sales..., y «más que nadie me ha ayudado, de todas formas posibles y especialmente con su estímulo, Gonzalo Anes», que había formado parte de su tribunal y fue el primer catedrático en el escalafón de la Historia Económica.

La persona y la obra de Josep Fontana, así como su monumental trabajo como editor, a la luz o en la sombra, son capitales para el proceso de recepción del marxismo historiográfico en España a partir de los años sesenta y para la notoria influencia del mismo en la historiografía de las décadas siguientes. El redescubrimiento del marxismo teórico en España está, en gran parte, vinculado al trabajo de Manuel Sacristán

trévista que le hace José Gómez Alén en la misma revista, José Gómez Alén, «Entrevista: Josep Fontana Lázaro», *Nuestra Historia*, 3, págs. 163-188: «Fue entonces cuando descubrí, trabajando en la Universidad de Liverpool, la historiografía marxista británica, que vivía en los años cincuenta y sesenta unos momentos de vitalidad creativa, que culminaron con la aparición en 1963 de *The Making of the English Working Class* de E.P.Thompson y con la publicación por Eric Hobsbawm en 1964 del fragmento de los *Grundrisse* de Marx dedicado a las formaciones económicas precapitalistas».



Josep Fontana, en una intervención junto a Eric Hobsbawm, José María Bricall, Carlos Martínez Shaw y Anna Sallés, en la década de 1970 (Fuente: blog *La retina del sabio*).

como traductor y ensayista^[5]. A él se debió la iniciativa de traducir y editar el primer libro de Karl Marx publicado legalmente en España bajo el franquismo, el volumen que, con el título de *Revolución en España*, recoge las colaboraciones de Marx y de Engels sobre nuestro país en *New York Daily Tribune*. De 1966 es su segunda edición, con traducción, notas y prólogo revisado del mismo, cuando, mientras trabajaba en ello, fue expulsado de la docencia universitaria en 1965, unos meses antes que el propio Fontana; en 1971 publicó la *Antología* de escritos de Gramsci en la editorial Siglo XXI, en la que aparecían el mismo año los *Grundrisse* marxianos. Desde entonces y en el último cuarto del siglo XX la presencia de Marx entre los historiadores españoles, en la investigación, y en la propia Universidad fue muy notable, algo que, siguiendo la pauta general, se ha desvanecido bastante desde finales de los años noventa.

Por entonces Sacristán trabajaba, precisamente, en la editorial Ariel. Como recuer-

5.- También Manuel Sacristán, desde su «otoño en Barcelona» de los años cincuenta, buscó su periodo de formación en el exterior y estudió en la Universidad de Münster entre 1954-1956, los mismos años en los que Juan José Carreras y Emilio Lledó iniciaron su estancia y presencia en la Universidad de Heidelberg.

da Gonzalo Pontón, «a principios de aquella década sorprendente» Manuel Sacristán había empezado a colaborar con Ariel y en 1965 nos propuso iniciar «Ariel quincenal», una colección de libros de ensayo, a muy bajo precio, 50 pesetas, en la que se fueron publicando los grandes nombres que se editaban en el mundo exterior: Marx, Keynes, Russell, Adorno, Lange...

«La lista de autores que tradujo bajo su propio nombre es impresionante: Marx, Engels, Lukács, Gramsci, Adorno, Hull, Quine, Galbraith, Bunge, Copleston, Havemann, Dutschke, Dubček, Korsch, Marcuse, Schumpeter, Frege, Piaget, Pigou, Marcuse, Dubček, Althusser, Chomsky, Galbraith... Tratábamos de remedar con el ensayo la tarea que Javier Pradera estaba llevando a cabo con el 'Libro de bolsillo', de Alianza editorial»^[6].

Pocas colecciones tuvieron un papel tan importante en la formación de varias generaciones de jóvenes estudiantes como aquella «Ariel Quincenal», de la que el joven Fontana ya era asesor editorial, que

6.- Gonzalo Pontón, «Tiempo de aprendizaje», *Artes del ensayo. Revista Internacional sobre el ensayo hispánico*, 1, 2017, pp. 247 y ss.

sustituyó, como instrumento educativo en ciencias humanas y sociales para las nuevas generaciones, a las precarias enseñanzas de las universidades franquistas^[7].

Son unos años con perfil propio en este proceso de oposición intelectual y académica al franquismo, y de conocimiento y penetración de Marx, de todo lo cual Josep Fontana formó parte de forma destacada. En 1968 Alianza Editorial publicó los *Manuscritos. Filosofía y Economía*, de Karl Marx, escritos en 1844 y desconocidos hasta 1932, con traducción y prólogo de Francisco Rubio Llorente, desde el Instituto de Estudios Políticos, pero de Caracas entonces, presidente de nuestro consejo de Estado entre 2004 y 2012. En octubre de 1969 se permitió reabrir a la editorial Ciencia Nueva, plataforma temprana de aportaciones y teoría marxista entre nosotros; fue una victoria efímera pues la editorial fue cerrada a finales de 1969. Aquella «década prodigiosa» acabó con un duro estado de excepción en 1969. Y conviene retener y subrayar que los nombres mencionados, Manuel Sacristán, Gonzalo Pontón, Javier Pradera, eran marxistas y militantes comunistas que fueron claves y fundamentales para la recepción del marxismo en la juventud española anti-franquista, que ni necesitaban ni podían en aquel momento presentarse como marxistas. En abril de 1976 Gonzalo Pontón, tras aprender el oficio de editor en Ariel, fundó la editorial Crítica, que publicó sus primeros libros en septiembre de aquel mismo año, a la que incorporó sus conocimientos y entusiasmos Josep Fontana, ya catedrático en Valencia, y en plena puesta en marcha de una transición política en la que era urgente compensar muchas carencias, así culturales como historiográficas y políticas; en

ello tuvo un papel determinante la Editorial Crítica y las publicaciones y traducciones de historia que Pontón y Fontana orientaron durante más de tres décadas, entre 1976 y 2009, una tarea aun continuada por la editorial Pasado & Presente hasta hoy.

El compromiso intelectual y profesional, en el caso de Fontana como en el de otros, iba unido desde el principio a un patente y explícito compromiso social y político, que podía acoplar a lo largo del tiempo a diversas formas y manifestaciones, desde las primeras raíces de su militancia en el PSUC entre 1956 y finales de los años setenta hasta su presencia cerrando la lista de Ada Colau de Barcelona en Comú en las elecciones municipales de 2015.

En el caso de Fontana el marxismo historiográfico comenzó a dejar de ser oculto tempranamente, consolidado ya como catedrático en vísperas del final de la Dictadura, e incluso se hizo pronto patente en su obra una dimensión de historia militante que ya mereció tempranas críticas, en caliente, de las que casi cuarenta años más tarde hoy encontramos continuidades y ecos, incrementados por la mayor debilidad del marxismo hoy, del marxismo historiográfico en particular. Santos Juliá compareció puntualmente a comentar la novedad en una reseña bibliográfica (1982) criticando que «un historiador de primera fila que a tantos enseñó a transitar por nuestro reciente pasado» relegara la historia y la historiografía a una mera función legitimadora y de apoyo del orden social gestionada por los historiadores en cada momento y periodo, entendiendo el discurso histórico y la tarea de los historiadores como herramientas para construir un nuevo proyecto y orden social, un renovado proyecto socialista^[8].

7.- Fontana, militante del PSUC desde 1957, y Sacristán formaban parte del consejo de redacción de *Nous Horizons*, la revista cultural del PSUC, en la que publicó, con seudónimo, sus primeros trabajos.

8.- Santos Juliá, «Un viaje en el Oriente Express de la historia», *El País*, 18 de julio de 1982. Comentario al libro de Fontana: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.

La demanda de que la historia, «dejara de ser conocimiento libresco para recuperar su legítima función de herramienta para la construcción del futuro» era muy ambiciosa y la militancia teórica marxista muy directa y evidente, de modo que el libro fue criticado desde el momento de su aparición, más privada y discretamente por algunos historiadores, con más alardes y publicidad en otros casos. Ricardo Robledo nos informa que en el «Index» de libros prohibidos por el Opus Dei de 2003 alcanzó el nivel 6 («lectura prohibida. Para leerlo se necesita permiso del padre prelado»); otras publicaciones de Fontana de estos años habían merecido el nivel 5: «No se pueden leer, salvo con un permiso especial de la delegación»^[9]. En el campo de batalla de la historia no faltaban combatientes.

Fontana ponía su enorme erudición y saber histórico al servicio de cierta urgencia militante que consideraba necesaria a principios de los años ochenta, cayendo en ocasiones en juicios demasiado sumarios y poco documentados. De los historiadores alemanes, escribe, por ejemplo, que:

«lo que en Alemania recibe el pomposo nombre de Historische Sozialwissenschaft no es mas que el viejo historicismo rejuvenecido con trasplantes de sociología con-

servadora norteamericana, controlado por el rígido sistema de vigilancias y censuras ideológicas heredadas del nazismo, que siguen en plena vigencia hoy»^[10].

En el índice onomástico del libro se buscará en vano nombres como Koselleck, Wehler, Kocka, Pühle, y ni siquiera aparecen los jóvenes historiadores de la vida cotidiana, izquierdistas críticos con la Sozialgeschichte de sus mayores más enraizada en tradiciones demócratas y socialdemócratas (Kriedte). Yo mismo pude ser testigo de cómo Juan José Carreras le comentó con posterioridad, privadamente y con discreción, estas ausencias y estas descalificaciones simplistas, y de cómo Josep Fontana asumía su desconocimiento y apresuramiento en este y en otros casos. Leído hoy, el libro adolece de esa condición militante y combativa, que, a la vez y por la misma razón, le proporcionó un impacto indudable en una coyuntura histórico cultural en la que el marxismo político e historiográfico podía dejar de estar oculto después de medio siglo, y constituyó una destacada guía para la generación de estudiantes e historiadores de los años ochenta, para los profesores universitarios y docentes de enseñanza media que lo usábamos y recomendábamos.

Alberto Gil Novales (Huesca, 1930-2016) es un historiador coetáneo de Fontana, con quien comparte situaciones y experiencias similares, que le llevan a cultivar su vocación intelectual de joven universitario licenciado en Derecho en la Universidad Complutense de Madrid buscando tempranas estancias en universidades europeas (Estrasburgo, 1948, Perugia, 1950) a las que les dió más continuidad en la de Saarbrücken, ciudad frontera con la Lorena francesa y capital del Sarre, recién integra-

9.- Ricardo Robledo, «Josep Fontana 1931-2018. Historia y compromiso social», *Conversación sobre Historia*, 5 de septiembre de 2019, <https://conversacionsobrehistoria.info/2018/09/05/josep-fontana-1931-2018-historia-y-compromiso-social/> (consulta: 23 de mayo de 2022). Se refiere a *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Barcelona, Crítica, 1979, donde critica con dureza a la escuela de Pamplona de los historiadores del Opus Dei (Federico Suárez). Ricardo Robledo ha contribuido destacadamente, por encima de las retóricas necrológicas, a fijar el lugar de Fontana en territorios propios de la historia de la historiografía económica: «Josep Fontana y la Historia Económica», *Investigaciones de Historia Económica*, 14(3), 2018 y «El infatigable zapador: la historia agraria de Josep Fontana», *Historia Agraria*, 76, 2018, pp. III-XII constituyen dos volúmenes imprescindibles.

10.- J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado*, p. 173.

do en la República Federal Alemana, donde permaneció entre 1958 y 1961.

La maduración cultural, intelectual y profesional de este joven veinteañero es intensa, anticipada, individual; el principal motor de la misma es, al igual que para otros jóvenes de la «generación del 50», salir de los muros de la España y de la universidad franquistas para esperar tiempos mejores, mientras va construyendo su biografía personal y profesional de historiador. Y la mejor muestra de esta precocidad es la edición de su primer libro en 1959, a sus 29 años de edad, *Las pequeñas Atlántidas*, compuesto con algunos textos escritos con anterioridad, una publicación que, a la vez que da cuenta de su proceso de formación intelectual, su personal *Bildung*, anuncia sus principales intereses y proyectos profesionales como historiador^[11].

No deja de ser sorprendente la temprana presencia de un desconocido de provincias licenciado en Derecho en la prestigiosa «Biblioteca breve» de la editorial barcelonesa Seix Barral, una colección de bolsillo adelantada a su tiempo cuyo número 137 fue el titulado *Las pequeñas Atlántidas*, con el que se sumó a un notable y significativo elenco de autores por el que desfilaban T.S. Elliot, Italo Svevo, J.E. Cirlot, Alain Robbe-Grillet, Marguerite Duras, Julián Gállego, Joan Fuster, Castellet, Ferraté, Espriu, Cesare Pavese, Juan Marichal, Jorge Guillén, Luis Goytisolo Max Frisch, Jesús Fernández Santos... La colección de libros de bolsillo «Biblioteca Breve» de la barcelonesa editorial Seix Barral fue una pionera en su época, tanto por su formato como por un repertorio de temas y autores que se situaba en el límite de lo posible de las condiciones impuestas

por la dictadura en estos años.

El futuro historiador de la revolución liberal española hace constar en su prólogo su agradecimiento a Castellet, pieza clave entre la joven intelectualidad antifranquista en Barcelona, animador de la editorial Seix Barral, «quien fue el primero que me indicó la conveniencia de publicar un libro mío», y a Salvador Espriu, que le sugirió el título. No eran malas compañías para un chico de Huesca en la Barcelona de los años 50. Por otra parte había coincidido en el servicio militar con Jaime Gil de Biedma, así que en su juventud y periodo de formación estaba bien relacionado con la emergente y silenciosa oposición política en Cataluña. El tercer agradecimiento se dirige a Eloy Terrón «que me facilitó algunas obras y me orientó con su enorme conocimiento del siglo XIX», lo cual nos introduce ya más en el terreno de la historia y también en la dimensión personal y primera formación política del joven historiador: se habían conocido a mediados de los cincuenta en el Ateneo madrileño; Eloy Terrón (1919-2002) fue un joven activista republicano, asturiano que participó en el maquis junto con su hermano César para posteriormente devenir en maestro socrático vinculado al Partido Comunista. Le dirigió la tesis doctoral, como a tantos, Santiago Montero Díaz en 1958 sobre *La importación de la filosofía krausista en España*, parte de la cual quedó integrada en su obra más conocida *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*, Barcelona (1969), no por casualidad publicada en editorial Península, esa misma España contemporánea que comenzaba a buscar y explorar Alberto Gil Novales por las mismas fechas. Eloy Terrón ejerció durante diez años la docencia universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras, como profesor ayudante de prácticas del profesor Montero Díaz (1955-1958) y como profesor adjunto interino del cate-

11.- Una aproximación biográfica más amplia en Alberto Gil Novales, *Las pequeñas Atlántidas*, edición y prólogo de Carlos Forcadell, «El joven historiador ante un pasado nacional sumergido bajo las aguas del franquismo», Zaragoza, PUZ, 2019, pp. VII-XXV.

drático de ética y sociología, José Luis López Aranguren (1958-1965), puesto del que dimitió como protesta contra la destitución de profesores tras las manifestaciones de 1965 (Tierno Galván, García Calvo, Montero Díaz, Aranguren...)

Hay que imaginar al joven estudiante de Derecho que era Alberto en Madrid hacia 1950, sobre todo si se conoce y se advierte, a través de la biografía del Semprún comunista que ha publicado Felipe Nieto^[12], que Federico Sánchez, quien se albergaba en sus clandestinas y madrileñas andanzas en casa de Domingo Dominguín, o de Eloy Terrón, fue enviado por un tiempo a una habitación de la calle Padilla, donde se alojaba Gil Novales, compañero de estudios y de ateneo de Eloy Terrón, de modo que convivió con Semprún, muy probablemente sin llegar a identificarlo entonces, un Federico Sánchez al que Terrón también puso en contacto con Emilio Lledó y Juan José Carreras, quienes a fines de los cincuenta y principios de los sesenta andaban emigrados por la universidad alemana, igual que Alberto estaba en Saarbrücken y luego en los Estados Unidos. Posteriormente su compañera Elvira me ilustró la anécdota: Alberto salió un día de la pensión, después de desayunar, a la vez que el incógnito Semprún, que llevaba bajo el brazo un par de libros antiguos. Como atraído por un imán, Alberto se fijó en ellos y le pidió que se los dejara ver, pues le habían parecido obra de un autor dieciochesco que le interesaba. Semprún se resistió denodadamente, porque los libros eran sólo una identificación para una cita a la que acudía.

Las pequeñas Atlántidas significaban una metáfora obligada en aquel momento para eludir una expresión más diáfana y contundente como la de «pasado oculto», como la

12.- Felipe Nieto, *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Barcelona, Tusquets, 2014, pp. 226-227.

Atlántida bajo el mar, de la tradición olvidada y prohibida desde los ilustrados y liberales de principios del XIX a los procesos democratizadores, ausentes todos, de la historiografía franquista de la victoria. El libro consistía en semblanzas extraordinariamente intencionadas de arbitristas, ilustrados y liberales (Caxa de Leruela, los hermanos Azara, Isidoro de Antillón, Alvaro Flórez Estrada, Cabarrús, Mor de Fuentes...etc.), incluso un discreto comentario elogioso sobre el libro del exiliado Vicente Llorens sobre los exiliados y románticos españoles (1823-1834), en conjunto unos primeros escritos nucleares de la posterior dedicación docente e investigadora de Alberto Gil Novales, quien, ante las escasas posibilidades que ofrecía el mundo académico a principios de la década de los años sesenta, obtuvo un nombramiento de profesor en Middlebury College (Vermont) donde enseñó historia y literatura hasta su regreso en 1964. A su vuelta de Estados Unidos dio comienzo a su trayectoria universitaria en la universidad española como ayudante y adjunto (1966-1972) de Luis García de Valdeavellano, discípulo de Claudio Sánchez Albornoz y catedrático en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid en 1954^[13].

Toda biografía personal e intelectual se construye en el marco de una biografía colectiva. Los comienzos de la trayectoria intelectual y política de Alberto Gil Novales, antes de sus treinta años, pasan por el ambiente cultural y editorial de Barcelona y por el mundo universitario madrileño. Ante las escasas posibilidades que ofrecía el mundo académico en la España de los años

13.- Para su trayectoria personal y académica vid. Pedro Rújula (ed.), *Alberto Gil Novales (1930-2016). Los mundos del historiador*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2019, volumen que recoge los textos de compañeros, discípulos y amigos presentados en el homenaje de que fue objeto en febrero de 2018. Cabe subrayar que hizo donación de su extensa y rica biblioteca personal al IEA.



Alberto Gil Novales durante una intervención (Fuente: Twitter).

50 y 60 desarrolló su formación en universidades europeas y norteamericanas, hasta su retorno en 1964, por las mismas fechas en que Emilio Lledó o Juan José Carreras decidían reinsertarse a la España franquista preparando oposiciones a cátedras de institutos de enseñanza media.

Juan José Carreras (1928-2006), a quien también le había dirigido la tesis doctoral Santiago Montero en la universidad madrileña de mediados de los años cincuenta, y Emilio Lledó (1927), habían buscado refugio unos años antes en la universidad alemana de Heidelberg. Por tanto aquí tenemos biografías paralelas de universitarios coetáneos, historiadores, filósofos, que, con vocación y posibilidades de emprender una carrera académica en la universidad española, optaron en los años cincuenta por salir al exterior para escapar de la difícil alternativa que por entonces ofrecían la política y la universidad de una dictadura tan férrea como segura en aquel momento, una situación que no dejaba otras opcio-

nes que la de resistir o la de adaptarse; su elección fue resistir esperando desde la distancia, Gil Novales hasta su retorno de Vermont en 1964, Emilio Lledó (1927) y Juan José Carreras (1928-2006) hasta su vuelta de Heidelberg hacia 1965, momento en el que iniciaron un proceso de reinserción en la universidad española.

Emilio Lledó y Juan José Carreras, dos o tres años mayores que Alberto Gil Novales (1931), son compañeros generacionales, de infancias republicanas y de guerra y de unas experiencias universitarias comunes vividas en la España franquista y en la Europa democrática, incluido el retorno a mediados de la década de los años sesenta. Este es el escenario intelectual y político en el que eligió situarse, desde muy temprano, el doctorando de provincias que llegó a la Facultad de Derecho de la Complutense y que comenzó a construirse como historiador en los años cincuenta madrileños, desde sus veintipocos años.

En cierto sentido *Las nuevas Atlántidas*

es un libro seminal, por cuanto la investigación y la escritura de la historia que va a desplegar con posterioridad su autor van a discurrir por los caminos anunciados en su primera y juvenil obra; constituyeron con el tiempo una monumental aportación a la historia política del siglo XIX y al redescubrimiento de los olvidados actores sociales del liberalismo y de los primeros discursos y prácticas democráticas, un programa que va cumpliendo con rigor y más sistemáticamente desde que consigue entrar en el escalafón de la academia contemporánea al obtener plaza de profesor agregado en 1972 en la Universidad Autónoma de Barcelona. En cualquier caso el lugar que ha acabado ocupando Alberto Gil Novales en la historiografía española queda prefigurado desde su decidido objetivo de sacar del fondo del mar la historia reciente y contemporánea de la sociedad española, recomponiendo el pasado liberal y democrático de la misma. No es casual la coincidencia en el tiempo de la monumental obra de Artola (1923-2020) sobre los orígenes de la Historia Contemporánea, también de 1959, o los primeros títulos de su más coetáneo Josep Fontana (1931-2018), que armaron la historia contemporánea en España para las décadas siguientes.

José Fontana, quien combinó su vocación académica con una militancia política más activa y visible, fue expulsado de la Universidad de Barcelona en 1966, a sus 35 años, pero consiguió acceder a una cátedra de Historia Económica en Valencia en 1974. Mientras tanto, simultáneamente, otros se estaban preparando para entrar sigilosamente en el escalafón, más controlado por viejas guardias, de historia contemporánea, beneficiándose de un discreto anonimato y de un cauteloso ocultamiento. Es el caso, comparable al de Alberto Gil Novales, de Juan José Carreras, quien obtuvo por oposición la agregación de Historia Contem-

poránea en Zaragoza en 1969, tras haber sido catedrático de Historia en el instituto Goya de la ciudad.

Juan José Carreras Ares (La Coruña, 1928-Zaragoza, 2006) fue Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, en la que se jubiló como Profesor Emérito en 1998. Estudiante brillante y temprano opositor al franquismo en la Universidad Complutense de Madrid de fines de los años cuarenta, era a finales de los años 40 militante y dirigente de la ilegal y clandestina FUE, una organización que —según su testimonio— se reducía por entonces a una docena de universitarios; también participó en la famosa pintada en la fachada de la Facultad de Filosofía y Letras, así como en las muy noveladas y filmadas aventuras de sus compañeros de la FUE Nicolás Sánchez Albornoz y Manuel Llamana^[14]; completó su formación en la Universidad de Heidelberg entre 1954 y 1965, periodo en el que se encuentran las claves de su formación y de su posterior proyección académica y docente en la universidad española. Tuvo un papel determinante en la renovación de la historiografía contemporánea y del propio profesorado universitario durante el final de la Dictadura y las primeras etapas de la democratización de la sociedad y de la cultura españolas, así como una destacada influencia en la transformación del contemporaneísmo español, tanto suscitando temas y debates como formando historiadores y desarrollando disciplinas específicas como la Historia de la Historiografía. Son muchos los docentes e investigadores en España y en Aragón que recuerdan al profesor Carreras como un maestro de historiadores y un auténtico *maître à penser* desde su dimensión de intelectual crítico y de ejemplo profesional

14.- Lo cuenta Pablo Lizcano, *La generación de 1956. La Universidad contra Franco*, Madrid, 1981, pp. 68 y 73. Reedicción en Ed. Marcial Pons, 2006.



Heidelberg, 1954. Juan José Carreras en el centro, Emilio Lledó a la derecha y Gonzalo Sobejano a la izquierda (Fuente: Institución Fernando el Católico).

y cívico. Sus enseñanzas fueron preferentemente orales^[15], en sus clases y seminarios, en conferencias y congresos celebrados a lo largo de la geografía universitaria, en la dirección y promoción de líneas de investigación. Dejó profunda huella en alumnos y numerosos discípulos, cuyo respeto intelectual y afecto personal no ha dejado de crecer con el paso del tiempo.

Su larga estancia en la Universidad de Heidelberg, desde 1954 y hasta 1965, le permitió vincularse al Historisches Seminar de la misma, animado por Werner Conze y Reinhardt Koselleck, y desarrollar un sólido proceso de formación en la tradición y en la renovación de la potente historiografía

alemana de la posguerra. A mediados de los años sesenta comenzó a concurrir a oposiciones para plazas de la Universidad española y, beneficiándose de ese discreto anonimato que entonces le resultaba obligado practicar, obtuvo en 1969 la de Profesor Agregado de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad de Granada, trasladándose dos meses después a la de Zaragoza, a cuya cátedra de Historia Contemporánea accedió en 1977, tras breves estancias en la Autónoma de Barcelona y en la Universidad de Santiago de Compostela.

Su propósito de hacer carrera universitaria, ya retornado a España en 1965 como Catedrático de Instituto, le aconsejó hacerse visible con una serie de publicaciones, de estricto carácter teórico y erudito, que envía a la revista *Hispania*, vehículo casi único, desde el CSIC, de recepción y transmisión de la investigación histórica en el mundo académico del momento. Y es ahora, cuando presenta públicamen-

15.- Carmelo Romero, un compañero castellano, cuenta que cuando coincidía con Julio Valdeón (1936-2009) en Valladolid éste le preguntaba: «qué es del ágrafo más ilustre desde Sócrates». Valdeón forma también parte de una galería más amplia de historiadores «marxistas ocultos», hasta que obtuvo la cátedra de Historia Medieval en 1971.

te los resultados de su largo aprendizaje, y da visibilidad a su madurez intelectual, aplicando ya su formación de historiador contemporaneísta, desde unas bases y orientaciones preferentes de historia de la historiografía, historia social, historia de los conceptos, marxismo, atención al tiempo presente, introducción de la historiografía alemana en España..., que son las que, con el tiempo, definirán tanto su influencia general en la evolución del contemporaneísmo español como las características de una cierta «escuela» propia y diferenciada. En 1968 se publicó el primero de esta serie de artículos, «Marx y Engels (1843-1846): el problema de la revolución»^[16], un texto que entronca extensa y brillantemente con la historia de los conceptos practicada en Heidelberg y que resultaba insólito en los medios académicos de aquel momento. De la misma serie de artículos en *Hispania*, que han sido recuperados en la edición de sus primeros escritos^[17], forman parte «Prusia como problema histórico. Sobre algunas publicaciones recientes»^[18] y «La gran depresión como personaje histórico:1875-1896»^[19], por donde se introduce la obra de un historiador alemán marxista de origen judío, Hans Rosenberg. Tuvo la calculada audacia de presentar académicamente los primeros escritos de Marx en la Academia de los historiadores españoles, a la vez que algunas editoriales se atrevían, como

hemos visto, por las mismas fechas, a introducir textos de Marx en castellano y en el espacio público. Su voluminoso primer artículo de 1968 describe, desde la historia de los conceptos, la evolución del término «revolución» en la centralidad del siglo XIX, ahondando en las polémicas mantenidas por Marx y Engels con diversos teóricos socialistas y vinculándolo a la historia del naciente movimiento obrero organizado. Leído hoy, es una hermenéutica de las raíces intelectuales y políticas del *Manifiesto Comunista* sumergida en una gran erudición historiográfica.

En el Heidelberg de mediados de los años sesenta coincidieron interlocutores tan privilegiados como Jaspers, Löwith, Gadamer, Koselleck, Habermas, y hasta un conservador, purgado de la academia y tan lúcido como nostálgico, Karl Schmitt, filósofo y jurista colaborador con el nazismo y legitimador teórico de la dictadura; ese fue el ambiente de descubrimiento y de formación en el que se instalaron dos estudiantes en fuga de la universidad franquista que probablemente desconocían la dimensión cultural del escenario al que llegaban, Juan José Carreras y Emilio Lledó, quien ha evocado «aquella maravillosa sorpresa con la que iniciamos nuestra andadura alemana», como ha reconocido en una entrevista que «un amigo me dijo que había un par de profesores, Löwith y Gadamer, que para mi eran entonces desconocidos. Me fui a Heidelberg y perdí un tren porque no sabía distinguir entre ‘ab’ y ‘an’. Creí que el tren llegaba y resultó que estaba ya saliendo». Ambos representan bien a una generación universitaria que, con vocación y posibilidades de emprender una carrera académica, optaron por irse para escapar de la difícil alternativa que por entonces ofrecía la política y la cultura de un franquismo bien consolidado, que no dejaba otras opciones que la de resistir o

16.- Juan José Carreras Ares, «Marx y Engeles (1834-1846): el problema de la revolución», *Hispania*, 108, 1968, pp. 56-154.

17.- Eduardo Acerete de la Corte, *De la España medieval a la Alemania contemporánea. Primeros escritos (1953-1968)*, Zaragoza, IFC, 2014.

18.- Juan José Carreras Ares, «Prusia como problema histórico. Sobre algunas publicaciones recientes», *Hispania*, 107, 1967, pp. 643-666.

19.- Juan José Carreras Ares, «La gran depresión como personaje histórico:1875-1896», *Hispania*, 109, 1968, pp. 425-443.

la de adaptarse; su elección fue resistir esperando desde la distancia.

La misma coherencia y sutileza de los primeros escritos con los que Juan José Carreras compareció a finales de los años sesenta caracterizó su actividad docente en la Universidad de Zaragoza desde 1969. Repasados hoy los guiones temáticos y textos que entregaba a sus alumnos se hace patente la «astucia de la razón historiográfica» con que, en los primeros años, transmitía los fundamentos y métodos del marxismo historiográfico extendido por las universidades europeas del momento. Incluso, a la hora de obligaciones corporativas, como era el caso del homenaje jubilar al catedrático de Paleografía, Angel Canelas, activo militante falangista de primera hora, se permitía el guiño de ofrecer una colaboración sobre «Bolívar, una biografía de Marx». Y era en 1969^[20]. El final de la dictadura y los años de la transición democrática acabaron con las iniciales estrategias de ocultamiento, cautelas, sigilo, mecanismos defensivos y tacitismos.

Pues la estabilidad funcional tardó en garantizar la seguridad personal y profesional. En 1972, un aspirante a la cátedra de la Complutense, vacante por la jubilación de Jesús Pabón, se consideraba capacitado para dirigirse personalmente al Ministro de Educación solicitándole que la convocara a oposición, porque «existe el peligro de que, si sale a concurso, la ocupe el joven Carreras, ahora agregado en Zaragoza y miembro notorio del Partido Comunista. En Zaragoza ha provocado graves problemas durante este curso, tras su violenta ruptura con su catedrático Corona Baratech», según acredita una carta,

20.- Lo de la «astucia de la razón historiográfica» en Ignacio Peiró y Miquel A. Marín, *Juan José Carreras. El historiador y sus públicos*, volumen que recoge su obra más dispersa de artículos de prensa, prólogos de libros...etc., Zaragoza, IFC, 2021, p. 18.

suscrita el 19 de mayo de 1972 por Ricardo de la Cierva, conservada en el Archivo General de la Administración (Cultura, Caja 448)^[21]. Juan José Carreras no era, a la sazón, militante del Partido Comunista, por muy interesadamente que se empeñaran en hacerlo sus compañeros de escalafón.

Juan José Carreras fue uno de los principales concedores y difusores de teoría y métodos marxistas en la universidad e historiografía españolas. A la hora de hacer balance de su vida profesional (2003), confesaba una especie de «marxismo nostálgico», pues «ha sido derrotada la utopía de la razón, la marxista y la ilustrada. (...) Pero también por eso me figuro que hay que hacer algo más que limitarse a sollozar y seguir nadando», en referencia a la hermosa parábola del magistral poema épico de Hans Magnus Enzensberger sobre *El hundimiento del Titanic* (1986)^[22].

El marxismo historiográfico se difundió a lo largo de la década de los setenta entre los historiadores españoles más significativos y renovadores. Santos Juliá recuerda que, a finales de los setenta, «mi visión de la historia y de la sociedad se había edificado sobre mucho trato con Marx, el materialismo histórico y el grupo de historia-

21.- Vid. Juan José Carreras: *Lecciones sobre historia*, introducción y semblanza biográfica de Carlos Forcadell, Zaragoza, IFC, 2016, p. 25.

22.- Juan José Carreras, *Lecciones de historia*, Zaragoza, IFC, 2003, lección 6ª: «El Angel de la Historia», pp. 88 y ss. En 2016 se hizo una reedición ampliada de las mismas, como refiere la nota anterior. Le envié un ejemplar a Enzo Traverso, que por entonces estaba escribiendo su *Melancolía de la izquierda. Después de las utopías* (edición en castellano en 2019, Galaxia Gutenberg), quien me acusó recibo con el siguiente mail: «Hoy he vuelto a Cornell, después de una estancia de varias semanas en Europa, y en mi oficina me esperaban las *Lecciones sobre Historia* de Juan José Carreras, con tu ensayo que hace un magnífico retrato de este gran historiador. Ya me habían gustado muchísimo sus previas *Seis Lecciones sobre Historia*, pero estas parecen mucho más variadas y te agradezco que me pongas en una relación de 'afinidad electiva' con él, otro 'marxista melancólico'».

dores británico, una fuerte afición por Max Weber y la sociología histórica»^[23].

Para finalizar quizá conviene señalar que en los últimos años asistimos a un cierto retorno a Marx, pues los riesgos sistémicos que acompañaron a la crisis de 2008 facilitaron la recuperación de algunos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo, aunque esto es menos visible en el terreno historiográfico: hoy, desactivada la dimensión política del marxismo, es más habitual un reconocimiento generalizado sobre el hecho de que las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». Alguien tan poco «marxista» como Tony Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía:

«Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades [...]. No hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra esta resurgiendo en todo el mundo... Así, al mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo»^[24].

Un historiador alemán de la historia de la historiografía, de común reconocimiento entre la profesión, Lutz Raphael, resume en su síntesis de historia de la historiografía en el siglo XX que «la investigación histórica marxista se convirtió en el siglo XX en el competidor más importante del modelo liberal de progreso, y, a su vez, en heredera»^[25].

23.- Santos Juliá, *Elogio de Historia en tiempo de Memoria*, Madrid, Ed. Marcial Pons, 2011, p. 45. Incluso llegó a solicitar el ingreso en el PCE tras el golpe de Tejero, «a través de algunos amigos de Zona Abierta», aunque no llegó a formalizar el impulso del momento (p. 103).

24.- Tony Judt, *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2013, p. 143.

25.- Lutz Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*, Zaragoza, IFC, 2012, p. 148. Entre nosotros, un panorama general en José Gómez Alén (ed.), *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018.